

Santillana, Juan Alfonso de Baena, Pero Guillén de Segovia, Juan del Encina, etc.—Trovadores de aquella edad.—La Estética en libros más científicos.—El Tostado (*Tratado de amor é amicitia*).—Alfonso de la Torre (*La visión delectable*).

» *Capítulo V.* Estética platónica.—León Hebreo (*Diálogos de amor*).—Boscán (Traducción del *Cortésano*).—Fr. Luis de Granada (*Símbolo de la Fé; Memorial de la vida cristiana; Adiciones al Memorial*).—Fr. Luis de León (*Nombres de Cristo*).—Malón de Chaide (*Conversión de la Magdalena*).—Santa Teresa (*Conceptos de amor divino, Las moradas, etc.*)—San Juan de la Cruz (*Llama de amor vivo, Subida al Carmelo*).—Fonseca (*Del amor de Dios*).—Maximiliano Calvi (*De la hermosura y del amor*).—Rebolledo (*De la hermosura y del amor*).—María de Agreda (*Mística Ciudad de Dios*).—Nieremberg (*De la hermosura de Dios*).—Influencia de esta escuela en nuestra literatura.

» *Capítulo VI.* Estética aristotélica.—Humanistas (Arias Montano, Matamoros, el Brocense, el Pinciano, Cascales, los traductores de Horacio y Aristóteles, Jiménez Patón, Espinosa de Sanctayana, Saavedra Fajardo, etc.).—Cómo entendieron y aplicaron todos estos preceptistas el principio de la imitación.—Escuela sevillana. La doctrina estética en los *Comentarios*, de Herrera á Garcilaso.—Céspedes.—Estética de Francisco Pacheco en el *Arte de la Pintura*.

» *Capítulo VII.* Diversas aplicaciones del principio de la imitación hechas en el siglo xvii.—Tendencia libre y popular (Juan de la Cueva, Lope de Vega, Tirso de Molina [*Cigarrales*], Barreda, el P. Alcázar, Sebastián de Alvarado).—El Gongorismo.—Preceptistas culteranos (Salcedo Coronel, Salazar Mardones, Gracián).—Tendencia conservadora y de resistencia desde fines del siglo xvi (Rey de Artieda, los Argensolas, Cervantes, Faria y Sousa, Cristóbal de Mesa, Quevedo, González de Salas, etc.).—Estética pictórica (Carducho, Palomino, etc.).

» *Capítulo VIII.* La Estética en las obras de imaginación.—En las *Celestinas*, y especialmente en la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*.—En los poetas petrarquistas.—En la novela pastoril.—En los discreteos del teatro.

» *Capítulo IX.* Siglo xviii. Luzán, en su *Poética*, reproduce la doctrina de Crousaz sobre lo bello.—Idealismo manifestado en su oda á las Artes.—Los aprobantes de Luzán.—Doctrinas independientes del P. Feijóo, Porcel, D. Juan de Iriarte, etc.—Discípulos de Luzán (Montiano, Nasarre, Velázquez).—Desvío y mala inteligencia de la enseñanza del preceptista aragonés, que interpretan incompleta y torcidamente.—Mayáns (*Retórica, Arte de pintar*).—Huerta, Forner (Polémicas).—Ríos (*Análisis del Quijote*).—Arteaga.—Ceris.—Ceballos.—El P. Alegre.—Azara (traducción é ilustración del Mengs).—Sensualismo de Eximeno.—Trascendentalismo de Piquer, Berguizas, Estala, etc.—Capmany.—Sánchez Barbero.—Traductores de Batteux (*Las Bellas Artes reducidas á un principio*), Blair (*Lecciones*), Addison (*Ensayo sobre el gusto*) y Burke (*Investigaciones*).—Idem de Milizia y la *Arcadia Pictórica* de Parrhasio Tebano.—Jovellanos.—Moratín.—Ayala (notable composición leída en la Academia de San Fernando).—Quintana.—Marchena.—Hermosilla.—Martínez de la Rosa.—Pérez de Camino.—Reinoso.—Arriaza.—Gallego, etc.

» *Capítulo X.* Siglo xix. Iniciadores del Romanticismo (Aribau, Herrera, Bustamante, Maury).—Primeros secuaces y apóstoles (Alcalá Galiano, Durán).—Larra.—Modificación que en manos de Lista sufre la doctrina estética de la escuela sevillana.—Escuela ecléctica (Gil y Zárate, García Luna, Fernández Espino, etc.).—Escuela escocesa (Piferrer, Milá y Fontanals, etc.).—Kantismo (Núñez Arenas).—Hegelianismo (Fernández y González, etc.).—Krausismo (Sanz del Río, Canalejas, Fernández y González en su época granadina, Giner, Revilla, etc.).—Tratadistas secundarios (Gómez Arias, Filhol, Madrazo, etc.).—Traductores de Cousin, Tissandier, Jungmann, el P. Félix, Krause, etc.—Periódicos, revistas y demás morralla.—Discursos académicos, etc.»

Á este *plan* añadió otras indicaciones, en cartas sucesivas del mismo año. Así, manifestó á Laverde que, en el capítulo de estéticos que trataron de las artes del diseño, convenía exponer ante todo la influencia italiana, especialmente de los tratados de Leonardo de Vinci. Además de Céspedes, Pacheco, Carducho y Palomino, pondría á D. Felipe de Guevara, Jusepe Martínez, el P. Sigüenza y algún otro. Había que apurar los elementos estéticos de la *Musica*, de Salinas, y de la *Ritmica*, de Caramuel. Al lado de Jáuregui, y como *conservadores*, figurarían los *últimos humanistas* (Cascales, González de Salas, etc., y también Quevedo, aristotélico en el Prólogo á las Poesías de Fr. Luis de León). Á los estéticos de la Edad Media debía agregarse el nombre de Juan I de Aragón, el *amador de toda gentileza*, que en un privilegio famoso, por el cual se establece el Consistorio de la *Gaya Ciencia* en Barcelona, define ó da el concepto de la *Poesía*. Entre los *aristotélicos* del siglo xvi, convenía poner á Miguel Sánchez de Lima, autor de una *Poética*; entre los del xvii, á Ustarroz, Pellicer, el portugués Antonio López de Vega y algún otro. Entre los estéticos del xviii, habría que mencionar, además de Fr. Diego González, á los autores de poemas didácticos, como Iriarte (de la *Música*), Rejón de Silva (de la *Pintura*) y Enciso (de la *Poesía*). En el xix, Valera debía ser mentado por el *Cide Yahye* y algunas poesías sueltas; quizá Caveda, por sus trabajos arqueológicos; el montañés Velarde, autor de ciertas *Nociones de Estética* (impresas en la *Crónica de New-York*) y del folleto *El Poeta y la Humanidad*; y el catalán Ribot y Fontseré, que publicó en Barcelona, hacia 1837, con el título de *Independencia de la poesía*, una muy curiosa *Poética* romántica en verso. Ni eran para olvidados Blanco White, por su *Tratado de la Belleza* y su oda acerca de los *placeres del entusiasmo*; Hidalgo, por su *Discurso sobre la unión entre la razón y el buen gusto*; D. Mariano Sicilia; Arjona, por su traducción de Pedro Versi (*Del placer y el dolor*), por su *Plan filosófico para la historia de la poesía española*, por algunas odas y por diversos opúsculos de índole estética; Roca y Cornet, por su versión de Madama Staël y por sus importantes artículos en el *Diario de Barcelona*, durante el fervor de la contienda romántica; D. José Revilla, por su *Estudio sobre Moratín*, sus *Lecciones de Literatura*, dadas en el Ateneo, y su *Vida artística de Maíquez*; Romea, Bastús y otros tratadistas del Arte de la Declamación; críticos musicales como Peña y Goñi, Fargas y Soler (*Diario de Barcelona*), Castro y Serrano (*Los cuartetos del Conservatorio*), etc., etc.; D. Pablo Milá y Fontanals (hermano de D. Manuel), por sus artículos de Estética aplicada á las artes plásticas; Manjarrés, Profesor de Barcelona, por su libro de *Estética*; Rubió y Ors, por su *Historia de la sátira*; Amós de Escalante, por su brillante defensa del Arte por el Arte en el libro *Acuarelas*, etc. Menéndez y Pelayo hacía notar que la estética catalana une á las doctrinas escocesas mucho *schlegelianismo*, sobre todo en Piferrer, Milá y Rubió.

He ahí, trazado en brevísimo tiempo, el *Plan* de una gigantesca obra, á la vez que el de los *Heterodoxos*, que el de *La Ciencia española*, que el del *Horacio en España*; mientras trabajaba en la *Biblioteca de Traductores*, mientras continuaba los *Escritores montañeses*, mientras trazaba en unión de Laverde cien proyectos más, que no menciono, porque no llegaron á realizarse. ¡Y todo ello antes de cumplir los veinte años de edad!

Quien diga que esto, mejor que extraordinario, es sencillamente *maravilloso*, no hará sino reconocer lo que salta á la vista. Porque no se trata de deshilvanados catálogos de nombres y títulos, sino de clasificación de doctrinas, cuyo interno enlace se descubre; de juicios sobre escritores, fundados, porque descansan en sólidas y meditadas lecturas de sus libros; de erudición, en suma, honrada y de primera mano, obtenida á costa de una labor paciente y diligentísima, que apenas basta para explicar el portentoso resultado conseguido:

«... monumentum aere perennius,
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non Aquilo impotens
possit diruere, aut innumerabilis
annorum series, et fuga temporum.»

* * *

Por fin, Menéndez y Pelayo emprendió el viaje para el cual el Ayuntamiento y la Diputación de su tierra natal le habían pensionado. Á últimos de Setiembre de 1876 estaba en Madrid, y se proponía salir para Portugal el día 6 de Octubre. Valera le dió una carta de recomendación para Latino Coelho; José Amador de los Ríos, otra para el mismo Latino, para Teófilo Braga, para el bibliotecario de Lisboa, Silva Tulio, y para el arqueólogo Posidonio da Silva. El Marqués de Valmar le proporcionó otra para nuestro Embajador en Lisboa. En Madrid vió Menéndez y Pelayo á D. Aureliano Fernández-Guerra, á D. Vicente de la Fuente, á D. Leopoldo de Eguílaz y á D. Francisco de Paula Canalejas. Valera y Canalejas le manifestaron su simpatía por las cartas *anti-revillescas*. Canalejas le dijo que, durante el curso de 1876 á 1877, pensaba dedicar buen espacio, en su cátedra de *Historia de la Filosofía*, á Averroes, Maimónides y Raimundo Lulio, empezando con las *Etimologías* de San Isidoro y acabando con la *Teología Natural* de Raimundo Sabunde. Simonet, en Granada, dedicó su discurso inaugural á *Suárez y el Suarismo*. Valera trabajaba en un discurso sobre Fox Morcillo. Las *Polémicas* habían producido su efecto: la filosofía española comenzaba á estudiarse en serio.

Llegó D. Marcelino á Lisboa el 7 de Octubre, por la mañana, hospedándose en el Hotel Español (Rua da Princeza, 24). Era día festivo; pero esto no le impidió visitar al Embajador y adquirir dos libros importantes: las *Obras* de Gil Vicente (edición hamburguesa) y el *Parnaso lusitano*, de Almeida Garrett (en seis tomos). Pocos días después compró la edición portuguesa en tres tomos, de 1786, del *Palmerín de Inglaterra*.

Su primera visita *bibliográfica* fué para la Biblioteca Nacional. Allí, con el *Diccionario* de Inocencio da Silva delante, examinó cuantas versiones de clásicos había (para la *Biblioteca de Traductores*), convenciéndose de que la literatura portuguesa es muy rica en traducciones de poetas latinos, poco en griegos, y poquísimas en prosistas de ambas lenguas, como pobre es también en prosistas propios. En carta de 18 de Octubre, decía á Laverde: «Con el extenso ensayo sobre traductores castellanos de Horacio, otro sobre portugueses, y un estudio sobre la poesía horaciana en Castilla y en Portugal, pienso hacer un libro titulado *Horacio en España*, al cual pondremos por lema el *Me discet Iber* del poeta. Mi intento es publicarle en la *Revista Europea*. ¿Le gusta á usted el pensamiento? También hablo de los comentadores y de las ediciones.»

En la Biblioteca Nacional, y en la del antiguo convento de Jesús, siguió recogiendo datos acerca de *Traductores* y de *Heterodoxos*. En 29 de Octubre envió á Laverde (que, á consecuencia de una permuta, se hallaba ya en la Universidad de Santiago) el plan de *Horacio en España*; y, en 4 de Noviembre, el de los capítulos de la *Historia de los Heterodoxos*. Al mismo tiempo le anunciaba su propósito, vagamente indicado otras veces, de escribir un *Ensayo sobre los poetas hispano-latinos*, desde el Renacimiento acá.

En la referida Biblioteca del antiguo convento de Jesús, reconoció y cotejó dos ediciones de la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira: la rarísima de Medina del Campo, y la no menos rara (que él no conocía) de Madrid, 1749. También vió y extractó allí el comentario de Fox Morcillo al *Timeo* (Basileae, 1554).

Vió luego el Archivo general de la Torre do Tombo, donde leyó y extractó el curio-

sísimo proceso de Damián de Goes, humanista erasmiano, amigo de Lutero y de Melanchthon. Por último, estuvo en la Universidad de Coimbra, cuyos Profesores le recibieron muy atentamente.

Á fines de Noviembre, salió de Portugal (1) y volvió á Santander. Su impresión respecto de la cultura portuguesa, queda condensada con toda sinceridad en estos párrafos, escritos en 29 de Octubre:

«El estado actual de las letras portuguesas no es muy halagüeño, excepción hecha de contados individuos. Tienen algunos poetas líricos; pero ninguno como Campoamor ó Núñez de Arce. El teatro nacional no existe, porque Almeida Garrett no tuvo discípulos, y, hoy por hoy, la escena se alimenta de traducciones confesadas ó de plagios inconfesos. Sólo de tarde en tarde aparece alguna producción de cierta originalidad y de mediano mérito. Fuera de Castello-Branco, no tienen novelistas, y aun ese está muy lejos de ser *el primero entre los de la Península Ibérica*, como quiso persuadirnos Romero Ortiz, que en ésto, como en otras cosas, se mostró bien ayuno de sentido crítico. Herculano, cuyo saber (grande, sin duda) se ha exagerado notablemente, murió hace tiempo para las letras y los estudios de investigación histórica. La erudición literaria está representada especialmente por el infatigable Teófilo Braga. Tengo los 14 volúmenes publicados de su *Historia de la literatura portuguesa*, eruditísima, y en muchas cosas excelente, pero llena de errores graves é inspirada por un espíritu anti-católico y revolucionario de mil demonios. De todas suertes, es, por la extensión y el esmero, uno de los grandes trabajos de historia literaria hechos en este siglo en España.

»De filosofía, no se hable. La gente levantisca y joven considera como la última palabra de la ciencia las brutales doctrinas de Comte y Littré, Moleschott y Büchner. En cambio, los sistemas alemanes apenas han penetrado. No se enseña la Filosofía más que en los *Liceos* ó Institutos de segunda enseñanza. No hay una cátedra de Metafísica en regla, y apenas ha llegado aquí el Renacimiento *escolástico*; por lo menos no he visto libro alguno en tal sentido. Hombres en lo demás doctos y juiciosos, están llenos de preocupaciones respecto á la antigua filosofía, y sólo así se explica el que tengan olvidados por completo á los comentadores de la *Escuela Conimbricense*, y para nada tomen en cuenta el desarrollo del *Suarismo* en Portugal, que fué tan notable. Los libros más recientes vienen llenos de declamaciones contra la filosofía de los jesuitas, como si estuviésemos aún á la altura del siglo XVIII.

»Todas estas cosas se entiendan con sus naturales excepciones. El aislamiento en que Portugal quiere vivir, le perjudica notablemente bajo el aspecto científico, como bajo el literario. Sus esfuerzos para apartarse de la corriente española, sólo sirven para esterilizar su actividad propia, en otros tiempos tan grande y gloriosa.»

De regreso á Santander, encontré Menéndez y Pelayo con que sus *Polémicas* habían sido elogiadas por Amós de Escalante en *La Tertulia* y por Pereda en *La Fe*. Milá le escribió que le habían «enternecido y entristecido» las frases de la *Carta-Prólogo*, en que Laverde dice escribir su «testamento literario». El Marqués de Valmar no acababa de redactar el famoso Prólogo de los *Estudios poéticos*. Entretanto, antes de salir para Italia, Menéndez y Pelayo se ocupaba en terminar, consultando el plan con Laverde, los artículos que habían de constituir el *Horacio en España*. Con motivo de estos trabajos, sintióse inspirado, y compuso entonces su mejor obra poética: la *Epístola á Horacio*, que, en el original que tengo á la vista, lleva fecha de 26 de Diciembre de 1876.

(1) Donde había tratado, además de José María Latino Coelho y del bibliófilo Silva Tulio, al helenista Antonio José Viale, al poeta Vizconde de Castilho, que le prometió fotografía de un antiguo retrato de Luísa Sigca, á Tomás Ribeiro y al Dr. Ayres de Gouvea, obispo electo de los Algarbes.

Salió para Roma (por Burdeos, Marsella y Génova) el 12 de Enero de 1877, yendo provisto de cartas del Marqués de Valmar para nuestros dos Embajadores Cárdenas y Coello, y de otra del Dr. Deslandes, de Lisboa, para el Conde de Thomar, Embajador de Portugal cerca de la Santa Sede. Llevaba consigo, á manera de *Baedeker* bibliográfico, los cinco tomos de *Cartas* del Abate Andrés.

En cuatro días llegó felizmente á Roma, habiéndose detenido una mañana en Pisa, para ver sus célebres monumentos y conocer á sus compañeros de Academia, que le recibieron muy bien. En la Ciudad Eterna tuvo por hospedería la *Casa Rosa* (Vía di Ripetta, 70, 1.º).

Comenzó por ver algo de lo muchísimo que Roma encierra en punto á restos arqueológicos y tesoros de arte, dando principio á sus visitas por la Roma pagana. No dejó de tropezar con dificultades para entrar en la Biblioteca Vaticana; aparte de ello, los índices (en su mayoría inventarios hechos en el siglo xvii) eran una calamidad, por lo cual no solían facilitarlos; sin contar con las mil reservas, licencias y restricciones, y los obstáculos materiales, que no eran pocos. Pero hizo amistad con un sobrino del Cardenal Simeoni, Secretario de Estado, que le facilitó notablemente el camino.

Entretanto, empezó á trabajar en la Biblioteca Angélica ó de San Agustín, que estaba á dos pasos de su casa. Allí vió ediciones raras de las obras de Núñez, Monllor y otros filósofos españoles. Extractó los libros *De naturae Philosophia, sive Platonis et Aristotelis consensione, De demonstratione, eiusque necessitate et vi, y De studii philosophici ratione* de Fox Morcillo. Examinó, además, un raro opúsculo del heterodoxo catalán Miguel Monserrate (*De divinitate Iesu Christi et de Regno Dei*).

En la Biblioteca Corsini vió también algunas obras aprovechables para los *Traductores*. En la Barberina dió con 25 ó 30 comedias del siglo xvii. En la de la Minerva ó Dominicana, estudió un hermosísimo códice del *Cancionero* de Stúñiga, con las mismas lagunas que el de la Nacional de Madrid.

Al propio tiempo, hacía algunas adquisiciones bibliográficas, como la de un *Lucrecio* de Aldo Manucio, impreso en 1513.

En aquellas Bibliotecas estudió asimismo los dos rarísimos libros de Miguel Servet contra la Trinidad, las obras de Miguel de Molinos, los escritos de Diego de Estúñiga, Sancho Carranza, Fr. Luis de Carvajal y otros contra Erasmo, los del anglicano Adrián Saravia (siglo xvi), numerosas ediciones y traducciones de Fr. Antonio de Guevara, muchos trabajos del célebre General de los Jesuítas Tirso González, etc., etc. En 8 de Febrero llevaba escritos ya más de 40 pliegos de notas.

Finalmente, trabajó en la Vaticana, cuyos deplorables índices pudo manejar á su sabor, gracias al Cardenal Simeoni. Allí leyó y extractó un precioso códice del siglo xiv, comprensivo de varios opúsculos teológicos de Arnaldo de Vilanova y de importantes documentos relativos á sus controversias; copió, de un hermoso códice del siglo xv, casi todo el tratado *De artificio omnium et investigandi et inveniendi natura scibilis* de Fernando de Córdoba (1), dedicado al Cardenal Bessarión; examinó un comento manuscrito de Melchor Cano á la *Summa* de Santo Tomás; la tesis ó *quodlibetum* de Pedro de Osma sobre la confesión auricular y las indulgencias; el libro *De haereticis*, de Alvaro Pelagio; una versión catalana del siglo xv (ó últimos del xiv) de los Salmos penitenciales, y otros muchos códices y libros filosóficos ó teológicos.

(1) En carta á Laverde, fechada en Nápoles á 17 de Marzo de 1877, escribe: «De Fernando de Córdoba he hallado otra obra inédita muy curiosa: una refutación de la herejía de los *fraterculi ó fraticelli*, como decían en Italia.» Ignoro qué obra sería ésa, de no corresponder á la que Montfaucon cita con el título *De haereticis et damnatis*. (Vid. mi *Fernando de Córdoba*, pág. 102.)

Adquirió, por último, muy buenos ejemplares de Poliziano, Sannazaro, Fracastorio, Vida y otros poetas clásicos italianos y latinos; la *Philosophia libera*, de Isaac Cardoso; los libros *De disciplinis*, de Vives (edición napolitana de 1764); los rarísimos *Dialoghi di Amore*, de León Hebreo (Venecia, 1541); las obras gramaticales de Lebrija (edición de Lyon, 1541); el libro de Bessarión contra Jorge de Trebisonda, en defensa de Plethon (1503); las *Disputationes Metaphysicae*, y el tratado *De legibus*, de Suárez, y otros de gran valor é importancia.

Durante su estancia en Roma, ocupóse también Menéndez y Pelayo en otra tarea literaria, de la que hasta ahora no teníamos ninguna noticia. En carta á su carísimo Laverde, fechada en 28 de Febrero de 1877, dice: «¡Comencé días pasados á hacer un ensayo trágico titulado *Séneca*; pero sólo he versificado tres escenas! Encuentro grandes dificultades, sobre todo para presentar en escena y hacer hablar dignamente á San Pablo. Veremos si llego á terminar este embrión de drama.»

En 17 de Marzo de aquel año se hallaba en Nápoles, en el *Hotel de la Ville*, ribera de Chiaja, precisamente junto al lugar en que Juan de Valdés coloca la escena de su *Diálogo de la lengua*, y á dos pasos de la playa de Mergellina, cantada por Sannazaro.

Lo mismo su antiguo amigo Vito Fornari, que los bibliotecarios Volpicella y Miola, le recibieron cordialmente. Allí copió una carta autógrafa de Garcilasso, escrita en Provenza y citada ya por Volpicella en sus anotaciones á Tansillo, y encontró una versión, absolutamente ignorada, de los cuatro primeros libros de la *Eneida*, hecha en verso suelto por un tal Aunes de Lerma; un mediano poema de Miguel Sánchez de Lima (doce cantos de octava rima) á la pérdida del Rey D. Sebastián; un *Cancionero* de poetas de fines del siglo xvi, especialmente valencianos, con versos inéditos de Guillén de Castro, Gaspar Aguilar, Miguel Beneito, Gaspar Mercader, Ribellas y otros (1); y dos curiosas autobiografías, manuscritas también, del siglo xvi: una de D. Alonso Enríquez de Guzmán; otra de un fray Gerónimo de Pasamonte, que anduvo cautivo en Berbería y cuenta en su libro famosas historias de hechicerías, de las cuales fué víctima el autor en Italia y en España.

Vito Fornari, el Prefecto de la Biblioteca (antiguamente dirigida por nuestro Abate Andrés, que dejó en ella muy buenos recuerdos é hizo excelentes adquisiciones), le regaló su libro *Arte del dire*, bello curso de teoría literaria, dividido en tres volúmenes. En filosofía, Fornari era ontológico y giobertista, y su influencia contrarrestaba en Nápoles la de los hegelianos Vera y Spaventa, atrincherados en aquella Universidad.

En la Sala de Manuscritos de la Biblioteca napolitana trabajaba, cuando entró D. Marcelino, el Dr. Boehmer, de Strasburgo, que había publicado el primer tomo de sus *Spanish Reformers*. Era persona docta y sumamente simpática. Menéndez y Pelayo hízose su amigo, á pesar de la diferencia de criterio religioso, y de sus buenas relaciones dió testimonio, veintidós años más tarde, el artículo de Boehmer, inserto en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo*.

En Nápoles continuó D. Marcelino sus adquisiciones bibliográficas: compró, entre otras cosas, la *Ethica*, de Fox Morcillo, y sus tres comentarios al *Fedon*, al *Tímeo* y á la *República*; la primera edición del *De anima et vita*, de Vives, y de sus cartas latinas; el *De justitia et jure*, de Domingo de Soto; una rara edición de las obras lógicas de Raimundo Lulio; el *Syntagma tragoediae latinae*, de Martín del Río; las *Metamorfosis* ovidianas, traducidas por Jorge de Bustamante (bella y rara edición de Amberes, 1551); el *Asno de Oro*, de Apuleyo, traducido por Cortegana; algunos escritos de Pedro Chacón; las poesías latinas de Juan de Verzosa; la *Dialéctica*, de Pedro de Fonseca; dos tragedias de Colo-

(1) El mismo que se halla descrito en el folleto *El Cancionero de Duque de Estrada*, por E. Mele y A. Bonilla y San Martín; Madrid, 1902.

més (*Coriolano y Escipión en Cartagena*); la carta del Abate Andrés contra Tiraboschi, y cuatro rarísimos opúsculos de Arteaga, además de los *Asolanos*, del Cardenal Bembo.

Volvió á Roma á últimos de Marzo, con intención de ir luego á Florencia, después de Semana Santa. Llevaba cartas de recomendación de Fornari para los prefectos de las Bibliotecas Laurenciana y Magliabechiana.

Pasó en Roma la Semana Santa de 1877 y vió al Santo Padre (Pío IX) en 131 de Marzo. Visitó nuevamente la Biblioteca Angélica, y allí estudió varias traducciones latinas inéditas de algunos tratados aristotélicos (*Hermeneia, De la memoria y recordación, Del sentido y lo sensible*, etc.), hechas por Pedro Juan Núñez.

Llegó á Florencia, la moderna Atenas, hacia el 5 de Abril. Pero antes había recibido una carta de Laverde, en que le comunicaba otra del editor D. Luis Navarro, hablándole de un proyecto de cierta *Biblioteca de Clásicos* (antiguos y modernos). Laverde pedía consejo á Menéndez y Pelayo, y éste, *calamo currente*, sin libros y sin sus papeles de Santander, contestó en seguida, enviándole, en cuatro pliegos de menuda letra, todo un *Plan* de la futura Biblioteca, en el cual indicaba qué versiones castellanas convendría publicar de Homero, Hesiodo, Coluto, Museo, Focílides, Esopo, Píndaro, Anacreonte, Calímaco, Meleagro de Gadara, el Nacienceno, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Teócrito, Mosco, Bión, Isócrates, Demóstenes, Lisias, Hipérides, Esquines, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Plutarco, Josefo, Appiano, Arriano, Herodiano, Diógenes Laercio, Estrabón, Tolomeo, Luciano, Heliodoro, Aquiles Tacio, Longo, Dión Crisóstomo, Cebes, Juliano, Aristóteles, Platón, Marco Aurelio, Epicteto, Teofrasto, Longino, Dionisio de Halicarnaso, San Juan Crisóstomo, Eusebio, Orígenes, San Juan Clímaco, Lucrecio, Catulo, Tibulo, Virgilio, Horacio, Lucano, Valerio Flaco, Estacio, Marcial, Juvenal, Persio, Claudiano, Silio Itálico, Rufo Festo Avieno, Calpurnio, Nemesiano, Prudencio, San Próspero, Boecio, Plauto, Terencio, Séneca, Julio César, Tito Livio, Salustio, Cornelio Nepote, Veleyo Patérculo, Tácito, Suetonio, Valerio Máximo, Quinto Curcio, Eutropio, Justino, Floro, Cicerón, Quintiliano, Plinio, Apuleyo, Columela, Pomponio Mela, Tertuliano, Minucio Felix, Octavio, San Agustín, San Jerónimo, San Isidoro, Angelo Poliziano, Jerónimo Vida, Fracastorio, Sannazaro, Juan Segundo, Erasmo, Luis Vives, Ginés de Sepúlveda, etc., etc. Cito los nombres por el mismo orden en que los menciona Menéndez y Pelayo. El esfuerzo que hubo de hacer para dar á vuela pluma semejantes noticias á su amigo, es uno de los casos de memoria más portentosos que conozco. Y nótese que por aquellos días contestó al segundo artículo de Alejandro Pidal, á propósito de la filosofía española, contestación que se publicó en *La España* y fué reproducida en la segunda edición de *La Ciencia española*.

Habitó, durante su estancia en Florencia, en el «Hotel del Comercio, Piazza Santa Maria Novella». Después de visitar los principales monumentos florentinos, recorrió las Bibliotecas, hallando pocos manuscritos españoles. Encontró, sin embargo, en la Laurenciana, un tratadito inédito de Pedro Hispano, un Orosio del siglo vi «y una voluminosa *Crónica* (que tengo por inédita y desconocida) de Carlos V, escrita por el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, testigo presencial de muchas de las cosas que narra. De ella copié un capítulo, relativo á los *alumbados* de Toledo, que trae noticias curiosas sobre la doctrina de aquellos herejes» (1).

En la Biblioteca Nacional, ó Magliabechiana, examinó gran copia de libros de nuestros

(1) En efecto, puede verse citada la obra y copiado el fragmento en el tomo II de la *Historia de los Heterodoxos españoles* (págs. 526-527).

Mr. Morel-Fatio, en su reciente *Historiographie de Charles-Quint* (Première partie; Paris, Champion, 1913; pág. 103), escribe: «A part Ferrer del Río, qui n'a cité qu'en passant le premier de ces ouvrages (*la relación*

teólogos y filósofos, tomando nota de seis ediciones diversas de los comentarios de Domingo de Soto á varios tratados lógicos y físicos de Aristóteles, y de la primera edición de las *Consideraciones*, de Valdés. Vió también allí un rarísimo opúsculo autobiográfico de dos hojas, escrito en inglés por un tal Jaime Salgado, protestante de fines del siglo xvii, y dos colecciones de poesías castellanas del siglo de oro. Además hizo un hallazgo importantísimo, del cual dió cuenta á Laverde en los siguientes términos: «Entre los manuscritos, he descubierto un códice de las *Cántigas* de D. Alonso el Sabio. No creo que nadie tenga noticia de su existencia. Le faltan las primeras hojas, y por tal razón ha sido considerado como obra sin título y anónima. El bibliotecario, Sr. Saccone, me habló de él como de una recopilación portuguesa de milagros de *la Madona*. Pero apenas comencé á leer, caí en lo que era. Contiene 100 composiciones, entre *Milagros* y loores. La copia es de principios del siglo xiv, á no dudarlo, y está adornada con muchas miniaturas, teniendo además, al principio de cada *cántiga*, los espacios vacíos para la música, que no llegó á ponerse. Hoy escribo á D. Leopoldo (*el Marqués de Valmar*), por si le puede servir de alguna noticia en la edición académica del aquel monumento, en que trabajan él y Valera.»

En Florencia adquirió un hermoso ejemplar de los *Septem Tractatus*, de Mariana (edición de Colonia); el *De historiae institutione*, de Fox Morcillo; el *Del amor de Dios*, de Fonseca, y el libro *De gloria*, de Jerónimo Osorio.

Hallábase en Bolonia el 27 de Abril, y allí encontró á un amigo y paisano, Crespo Herrero, Bibliotecario del Colegio de San Clemente, cuyos códices, legado del Cardenal Albornoz, examinó reposadamente. Encontró notables manuscritos jurídicos, y dos copias de la *Historia Gothica*, del Arzobispo D. Rodrigo. Compró también algunos libros, entre ellos el excelente poema descriptivo latino, intitulado: *Rusticatio Mexicana*, del jesuita guatemalteco P. Rafael Landivar (1), y las *Sátiras* latinas del Abate Lassala.

Á primeros de Mayo llegó á Venecia, hospedándose en el Hotel de Roma (Gran Canal). En la Biblioteca de San Marcos halló nuevos datos acerca de Álvaro Pelagio, Tomás Escoto (un averroísta que anduvo por España en el siglo xiii, predicando que el mundo debía regirse por la Filosofía, y no por la Fe); Claudio de Turín, el iconoclasta, y Prudencio Galindo, el adversario español de Escoto Eriúgena. Además acabó de copiar el tratado *De artificio*, de Fernando de Córdoba (que había empezado á transcribir en la Vaticana), teniendo presente el hermoso códice original, en vitela, conservado en San Marcos. Estudió asimismo una obra inédita de Rodrigo Sánchez de Arévalo: *De remediis afflictæ Ecclesiae*, en que trata duramente á los del Concilio de Basilea; una versión de la *Metafísica*, de Aristóteles, hecha por el Cardenal Bessarión á ruegos de nuestro Alfonso V, cuyos conocimientos filosóficos encomia en la Dedicatoria, y, sobre todo, tres voluminosos códices, que contienen las lecciones de Montes de Oca, profesor en Padua, durante los tres años de 1525, 1526 y 1527. «Son—escribía á Laverde—comentarios á los libros *De anima*, *De coelo*, y á la *Physica*, de Aristóteles. Los tres son interesantes, pero el primero es de tanta importancia, como refutación de las teorías materialistas de Pomponazzi, que, en mi concepto, debiera hacerse una edición de él, ampliamente ilustrada. Lo que leí, me pareció de una profundidad y delicadeza de análisis admirables. Á las lecciones de Montes de Oca asistían Bembo, Navagiero y otros personajes de cuenta. Debí ser una autoridad filosófica en aquel tiempo.»

de lo ocurrido en Sevilla en tiempo de las Comunidades), il ne semble pas que les érudits espagnols aient utilisé les travaux historiques de Santa Cruz.»

En Madrid examiné yo hace tiempo otro manuscrito del siglo xvi, de la *Crónica* de Santa Cruz, con notas y firma autógrafas del cronista. Hablaré de él en un trabajo próximo.

(1) Comp. *Historia de la Poesía hispano-americana*; Madrid, 1911; tomo I, págs. 184 y sigs.

Por aquellos días tuvo noticia Menéndez y Pelayo del artículo publicado por José del Perojo en la *Revista Contemporánea* contra la ciencia española. Contestó en tres largas cartas, que dirigió á Pidal. Perojo hizo trabajos meritísimos para dar á conocer en España el pensamiento alemán. En 1875 había publicado la primera serie de sus *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*, encabezados por un artículo acerca de «Kant y los filósofos contemporáneos», seguido de curiosos estudios sobre Heine, Schopenhauer, Fehner, Wundt y otros pensadores. Más tarde publicó una mediana traducción, directa del alemán, de una parte de la *Crítica de la razón pura*, precedida de la vida de Kant y de la historia de los orígenes de la filosofía crítica, por Kuno Fischer. Pero de la historia de nuestro pasado intelectual sabía muy poco, y habló de él, por lo tanto, muy ligeramente. A sus diatribas contra la Inquisición y la Filosofía españolas, contestaba Menéndez y Pelayo, entre otras muchas cosas, que conservan ahora su actualidad: «No hay, no ha habido, ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura... ¿Dónde nació Copérnico? En Polonia. ¿Qué más dió Polonia en el siglo xvi? Nada, que sepamos. ¿Cuándo florecen Galileo y Torricelli en Italia? A principios del siglo xvii, cuando decaía á todo andar el gusto literario en a península transalpina. ¿Cuándo nacen en Francia los Laplace, los Monge, los Lavoisier? En el siglo xviii, época de espantoso descenso filosófico, teológico, moral y literario. ¿Dónde nació Franklin? En la América inglesa. ¿Qué literatura, qué filosofía, qué crítica histórica poseían entonces aquellas colonias? Ninguna». «La literatura alemana de los siglos xvi y xvii, por lo que de ella alcanzamos con hastío y con asco los meridionales, ó no existe, ó es barbarie pura ó pedantería insufrible». «En los tiempos medios florecen aquí la astronomía y las matemáticas, que recibimos de los árabes y que de nosotros recibió toda Europa, después que las hicimos hablar en lengua castellana. En cambio, nuestra literatura de esos tiempos es ruda é incompleta aún; nuestra teología no llega, ni por asomo, á la que tuvimos en el siglo xvi. Humanidades, no podía haberlas; los estudios históricos estaban asimismo en la infancia. Por el contrario, en el siglo xvi florecen la teología, la filosofía, la jurisprudencia, las humanidades, la medicina, la poesía lírica, la prosa, y si no decaen (porque esto no está probado), á lo menos quedan relegados al segundo término los estudios matemáticos y astronómicos. En el xvii imperan el teatro y la crítica histórica, y decaen la teología y otras ciencias, decaen la poesía lírica y la prosa. En el xviii desaparece, ó poco menos, el teatro; renacen la lírica y la prosa, falta casi del todo la teología, cultívanse con empeño las ciencias naturales, prosigue su camino la crítica histórica, y nace, con Hervás, la *filología comparada* y, con Andrés, la *historia literaria*. Y este es el giro constante y perenne que han llevado las ciencias en nuestro suelo. Hasta podemos decir que somos afortunados entre todos los pueblos de la tierra; pues, más ó menos, y en una época ó en otra, lo hemos tenido todo».

Y aquel titán de veintiún años, en cuyo cerebro hervía la tradición de todo un pueblo, citaba nombres, comparaba doctrinas, clasificaba escuelas, registraba las huellas de nuestra cultura, y pensaba, sin duda, para sus adentros, como el *Hermann* de Goethe:

«Dass ich die Alten nicht hinter mir liess, die Schule zu hüten,
Dass sie nach Latium gern mir in das Leben gefolgt?
.....
Und gedächte jeder wie ich, so stünde die Macht auf
Gegen die Macht, und wir erfreuten uns alle des Friedens» (1).

(1) «No he dejado detrás de mí á los antiguos, cuidando de la escuela; se han dignado seguirme al Lacio en el seno de la vida... Y si cada uno pensase como yo, la fuerza se levantaría contra la fuerza, y pronto gozaríamos todos de paz.»

Llegó á Milán el 8 de Mayo (Hotel de la Ville.—Corso Vittorio Emmanuele). En la Ambrosiana (con cuyo bibliotecario, el Dr. Ceriani, hizo grandes amistades), copió cartas y versos de Lucrecia Borja y del Bembo, así como una interesante *Apología* latina de la doctrina de Raimundo Lulio, escrita por Juan Arce de Herrera. Cotejó con la edición de Arévalo un precioso códice de los diez primeros libros de las *Etimologías* de San Isidoro, escrito en el siglo viii y en caracteres longobárdicos, procedente de la abadía de Bovio, fundada por San Columbano. Vió también allí un bello códice de Prudencio, del siglo vi; una traducción griega de las *Símulas* de Pedro Hispano, hecha por el Patriarca de Constantinopla, Jorge Scholario, á principios del siglo xv; las *Cuestiones* (mss.) de Benito Pererio sobre el tratado *De anima*, de Aristóteles, donde defiende las ideas platónicas en el mismo sentido que Fox Morcillo; y tomó nota de la riquísima colección de ediciones y manuscritos lulianos que en aquella Biblioteca había. En Milán también, compró el *Quod nihil scitur*, de Francisco Sánchez.

De Milán marchó á París, á últimos de Mayo, hospedándose en el «Hotel du Parlement» (Place de la Madeleine). Sus primeras visitas en aquella «Babilonia» (como él decía) fueron para el Marqués de Molins, que le recibió muy bien, y para el bibliófilo Mr. Alfred Morel-Fatio, encargado de la sección de manuscritos españoles en la Nacional. En esta Biblioteca examinó, entre los manuscritos, dos distintas traducciones catalanas de la *Biblia*, una completa y otra que abraza sólo desde el *Génesis* hasta los *Salmos*; tres *Salterios* catalanes; otras versiones, catalanas también, de las *Epístolas* de Séneca y de Valerio Máximo; un códice que contiene los nueve últimos libros de la *Eneida* de D. Enrique de Villena, y una traducción de las *Vidas*, de Plutarco, anterior á la de Alonso de Palencia y mandada hacer por D. Juan Fernández de Heredia. Extractó, además, el rarísimo ejemplar de la *Christianismi Restitutio*, de Servet, que posee la Nacional, y la copia que allí hay del tratado *De anima*, de Juan Montes de Oca.

Compró también en París muy buenos libros, antiguos y modernos, entre ellos las *Etimologías* isidorianas, impresas en aquella ciudad en 1492, y la primera edición de las *Consideraciones divinas* de Juan de Valdés, «verdadera joya bibliográfica», cuya adquisición le llenó de júbilo.

Visitó, por último, las Bibliotecas del Arsenal, de Santa Genoveva y Mazarina, y regresó á Santander el 10 de Junio, dispuesto á volver nuevamente en Octubre á la capital francesa.

* * *

En Santander se encontró con varias novedades literarias: Pereda tenía terminados sus *Tipos trashumantes*, y se preparaba á escribir *El buey suelto*.... (1). Escalante acababa de publicar su novela histórica montañesa: *Ave, Maris Stella*, cuyo buen estilo encantó á Menéndez y Pelayo, escribiendo acerca de ella un artículo que publicó *La Tertulia* (2).

(1) Menéndez y Pelayo escribía á Laverde, desde Santander, á 18 de Setiembre de 1877: «He estado dos días en Polanco. Pereda me ha leído su novela *El buey suelto*... (dedicada á mí con una especie de carta-prólogo), que está ya terminada. Es obra de gran valentía, de extraordinarios alientos, y de mucho, aunque sano, realismo, escrita para servir de antítesis á las *Petites misères de la vie conjugale*, de Balzac.»

(2) En carta de 17 de Agosto, decía á Laverde: «Los periódicos de Madrid han guardado silencio sobre el *Ave, Maris Stella*, de Amós. Ni Revilla, ni los demás críticos contemporáneos, han dicho una palabra. Es hasta donde puede llegar el escándalo. ¿Cuándo verán un libro como ese?»

Tenía razón Menéndez y Pelayo. El autor de *Costas y Montañas* es uno de nuestros más grandes prosistas del siglo xix; pero era y es muy poco leído; y no está en eso el mayor daño, sino en que hay quien, con la osadía ignara que caracteriza á nuestros *hipercríticos* de última hora, le juzga despectivamente sin conocerle.